

sentimos allí la presencia de lo trascendental ni de lo eterno, no obstante que el ejemplar que se analiza jamás podría compararse con el friso medio derruido o la columna dislocada por la acción del tiempo.

Aquellos restos humanos, momia de Ramsés o de Montalvo, esqueleto del conquistador Pizarro o de San Carlos Borromeo, hubieron de ser en la época de la vida terrenal de las personalidades mencionadas, el centro de muchos afectos o de múltiples odios u oposiciones, en fin, la parte material, tangible, de un auténtico y singular ente vital, núcleo coordinador de las innumerables acciones y reacciones con las cuales fórmasse el tejido maravilloso que, como un peplo inigualable, cubre la existencia y el destino temporal de cada ser humano.

Cogitatio mortis, pensamiento de la muerte, esto es para Petrarca la Filosofía. Hasta el presente hemos hecho la filosofía de la vida, y seguimos soslayando la de la muerte, que debe complementar a aquélla. Sólo en la integración de ambas, se alcanzará una noción cabal del ser; de nuestra más entrañable naturaleza. Y en el conocimiento de esa misma integración no

fuera extraordinario encontrar la armonía que tanto se echa de menos hoy, entre las clásicas filosofías del ser y las contemporáneas del existir.

Conviene no olvidar que el triunfo del cristianismo y su total consolidación, hubo de acontecer cuando el Maestro, después de su muerte en el Calvario, apareció en las diversas oportunidades, que se indican en la Primera Epístola de Pablo a los Corintios. Esa gloriosa resurrección fue la que derribó los muros del soberbio Imperio Romano; y alentó a los cristianos hasta ofrendar en holocausto su vida, sin una queja siquiera y con celestes resplandores en las miradas. Esa resurrección elevó el canto de la vida sobre el cuadro sombrío de la muerte, y convirtió un simple instrumento de tortura y expiación como la Cruz, en el más noble símbolo de esperanza. Por ello pudo Pablo lanzar esta frase afirmativa: «*Soberbia es la muerte con victoria.*» Y para adelantar más en la marcha de los tiempos, y ya acercándonos a nuestros propios ritmos de cultura, bien podemos acogernos al criterio de Montaigne, quien de acuerdo con Cicerón ha dicho: «*Filosofar es aprender a morir.*»

San José de Costa Rica, 11 Mayo 1958.

Estimado don Joaquín:

El venerable catalán de Cuba, don José Conangla y Fontanilles, en carta que hace días me escribió, me dice para V. lo que sigue: «En esa gloriosa revista de don Joaquín, García Monge ha venido ejerciendo de maestro y apóstol venerable a servicio de las más puras doctrinas morales, políticas y religiosas del genuino humanismo liberal y democrático. Ojalá, entre los diversos patriotismos i partidarios de todos los pueblos, se pudiera expandir orientaciones y enseñanzas parecidas, de respetuosa tolerancia como las predicadas y ejercidas siempre por García Monge». Ya puede pensar lo que me agrada hacerle conocer los conceptos expresados por nuestro común amigo Conangla y Fontanilles. Por cierto que espero que, ya en el número próximo de *Repertorio* podrá salir el comentario que le dedico a su último libro.

Con el aprecio y la admiración de su amigo

Lorenzo VIVES

Los otros sentidos

(En *Rep. Amer.*)

Con este epígrafe, el magnífico catalán J Conangla Fontanilles, que tanto ha hecho para enaltecer todos los valores de la cultura catalana, desde las tierras cubanas, viene de regalarnos otro libro, lleno de óptima intención, modelo del buen escribir y reflejo de un alma sencilla que quiere hallar en los demás la ratificación de su estado de ánimo ante el misterio de la vida y de la muerte.

Con base en el precioso *Canto Espiritual*, de Maragall, recoge de él su parte más sustantiva, para apoyarse

en ella y sacar luz para sus noches de duda. Porque no cabe pensar que ella deje de asomarse en el espíritu puro del autor de *Los otros sentidos*. Se afana en buscar autoridad en aquella afirmación del *Canto* que dice: *con qué sentidos otros podré ver, el cielo azul, dosel de las montañas . . .* Aquí, nuestro Maragall quería indicar que aquí, en esta tierra tan bella, ante la presencia del Mediterráneo, con su cielo y sus montañas, no necesita otros sentidos que los corporales; pero precisamente decía esto, porque

sabía que en el hombre —y no en tal o cual tipo, sino en el hombre— hay, además de los sentidos de la fe del carbonero, otros, poco conocidos, que permiten conocer extrañamente lo que está fuera de la percepción corriente. Y, como que nuestro excelso escritor, lo ha notado en él, busca entre los que se han preocupado por lo del espíritu, para ver si ellos afirman o no la presencia de esta superconciencia que nos asombra, pocas veces. Y, amigo Conangla Fontanilles, ¿por qué buscar en los demás? Diga como Unamuno, al ver que los demás estaban muy lejos de él: «Canta, alma mía, canta.» ¿Qué nos ha de importar lo que los otros puedan decir de lo incognoscible? Es que acaso el conocimiento es absoluto? ¿Qué sabio puede abarcar la totalidad de la visión global de las cosas? ¿No sabemos que de ellas sólo lo aparente descubrimos? ¿Cómo inquietarnos del parecer ajeno? «Canta, alma mía, canta y deja que los demás opinen, que nada me importan sus opiniones».

Vea lo que nos hace conocer el Ing. Carlos Millás, Director del Observatorio Nacional Cubano, acerca de Einstein. No quería saber lo que pensaban los otros: se agarraba a lo que él pensaba. Y así usted, amigo mío. Que el pensar suyo, por recto y honesto, sí que me ilusiona, y hasta me ilumina . . . Hombres cómo usted son

STECHELT-HAFNER, Inc.

Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3. N. Y.

Con esta Agencia puede Ud.
conseguir una suscripción al

Repertorio Americano